


El soslayado componente terrorista en la amenaza híbrida que supone la Rusia de Putin

Fernando Reinares | Investigador principal y Director del Programa sobre Radicalización Violenta y Terrorismo Global | @F_Reinares 

La invasión de Ucrania ha dejado claro cuáles son los fines últimos del presidente ruso Vladimir Putin y nos advierte además sobre el rango de medios que está dispuesto a utilizar para alcanzarlos, incluyendo el patrocinio estatal del terrorismo y la advertencia del terrorismo nuclear, para debilitar a los países del mundo occidental. Putin no aspira únicamente a conseguir un cambio tanto de gobierno como de régimen político en Ucrania, a fin de rectificar la orientación prooccidental que ha caracterizado a este país a lo largo de las pasadas dos décadas y situar a la exrepública soviética bajo la tutela del Kremlin. Incluso llevando al límite la manipulación del relato histórico para justificar que Ucrania desaparezca como nación independiente e incorporar su territorio y su población a Rusia por la fuerza de las armas. Putin pretende con ello avanzar en su objetivo combinado de expandir Rusia, redelimitar los fundamentos de la seguridad europea y socavar la estabilidad de las democracias liberales.

Para conseguir los propósitos de Putin y su régimen, las autoridades rusas han desarrollado desde hace años un conjunto de iniciativas subversivas en las sociedades abiertas. Estas iniciativas subversivas incluyen los ciberataques y los asesinatos selectivos. También la injerencia en procesos políticos en general y electorales, en particular a través de instrumentos oficiales de propaganda como *Russia Today* o *Sputnik*, pero también mediante programas de desinformación mucho menos obvios. Combinadas con manifestaciones convencionales y no convencionales de intervención bélica en la periferia de Rusia, ese conjunto de iniciativas subversivas encaja en lo que desde hace tiempo se conoce como **amenaza híbrida**. Además, como advierten los mencionados asesinatos políticos, en la amenaza híbrida que la Rusia de Putin supone para Occidente ha habido y sigue habiendo lugar para tácticas de terrorismo. Esta es una realidad que a menudo se soslaya con el pretexto –cuestionable– de la colaboración rusa en la guerra global al terrorismo yihadista.

“(…) en la amenaza híbrida que la Rusia de Putin supone para Occidente ha habido y sigue habiendo lugar para tácticas de terrorismo. Esta realidad a menudo se soslaya con el pretexto de la colaboración rusa en la guerra global al terrorismo yihadista.”

Por una parte, Rusia ya es un Estado cuyas autoridades vienen ordenando la ejecución de actos de terrorismo en las sociedades abiertas del mundo occidental. Agentes del Kremlin, alguno de ellos condecorados después por Putin, han asesinado e intentado asesinar a numerosos disidentes en distintas naciones occidentales como el Reino Unido o Alemania, desde hace casi 20 años. Para ello han recurrido a elementos radiactivos producidos en laboratorios militares rusos, a sustancias venenosas

desarrolladas durante el periodo de la Unión Soviética y a armas de fuego. El propósito de estos asesinatos es intimidar tanto a los disidentes exiliados, para que no se relacionen ni colaboren con los gobiernos occidentales, como a los disidentes activos en Rusia y paralizar así cualesquiera formas de oposición política al régimen de Putin dentro o fuera de las fronteras del país. Actos similares de terrorismo han tenido lugar precisamente en Ucrania, donde cabe recordar que el expresidente Viktor Yushchenko, contrario a las pretensiones de Rusia sobre el país, fue envenenado en 2004, poco antes de iniciar su mandato, pero sobrevivió.

En consonancia con lo anterior, la legislación antiterrorista vigente en Rusia, que fue adoptada en un contexto internacional de preocupación generalizada por la amenaza del terrorismo yihadista, ha sido y sigue siendo utilizada de manera abusiva, por las fuerzas de seguridad y el aparato judicial de una autocracia personalista, contra los opositores al régimen de Putin. Y esta misma aplicación de las leyes antiterroristas, que se desentiende del respeto y la protección de los derechos humanos, se ha extendido desde Rusia a los autoritarismos de Asia Central. Al tiempo, respecto al tratamiento del terrorismo yihadista en concreto, cabe aludir a las ambivalencias y duplicidades de las autoridades del Kremlin que, mientras apoyaban a Bashar al Assad en su campaña contra los grupos de oposición no yihadistas para proyectar la idea de que su dictadura era la única alternativa a los yihadistas, facilitaron el desplazamiento como combatientes terroristas extranjeros a Siria y otras zonas de conflicto de militantes islamistas desde regiones como Chechenia o Daguestán. Así exportaban la amenaza que suponían para la estabilidad rusa en el Norte del Cáucaso y su potencial incidencia ante la celebración en Sochi –en febrero de 2014– de los juegos olímpicos de invierno.

Por otra parte, las actuales autoridades rusas apoyan a organizaciones que han practicado y practican sistemáticamente el terrorismo en diversas regiones del mundo, incluyendo en el ámbito de Europa Occidental y en el más amplio de la UE. Recientemente, por ejemplo, las fuerzas armadas rusas han colaborado con Hezbolá en el marco del conflicto en Siria y han proporcionado recursos de combate a los talibanes afganos antes de que estos extremistas islámicos relacionados con al-Qaeda se hicieran con el control de Kabul. Poco extraña que entre los fieles aliados de la Rusia de Putin se encuentren Siria e Irán, países que apoyan las actividades insurgentes en general y específicamente el repertorio de actividades terroristas al que recurre Hezbolá. Como no extraña que Rusia fuese uno de los únicos cuatro países que no evacuó de inmediato al personal de su Embajada en Kabul tras el acceso al poder de los talibanes y que Moscú haya mostrado desde entonces una disposición positiva hacia estos últimos ya como gobernantes de Afganistán.

“(…) las actuales autoridades rusas apoyan a organizaciones que han practicado y practican sistemáticamente el terrorismo en diversas regiones del mundo, incluyendo en el ámbito de Europa Occidental y en el más amplio de la UE.”

En relación con Ucrania, el régimen de Putin ha respaldado milicias separatistas activas en ese país, que también han ejecutado sistemáticamente actos de terrorismo como parte de su violencia insurgente. En julio de 2014, un misil fabricado en Rusia y lanzado

desde un área de la región de Donbás controlada por rebeldes pro-rusos ocasionó la muerte a los 298 pasajeros de una aeronave de Malaysia Airlines que sobrevolaba la zona en ruta de Amsterdam a Kuala Lumpur, exponente particularmente destructivo de los medios letales que el Kremlin proporciona a esos grupos separatistas. Además, no pocos de sus miembros han sido adiestrados por el Movimiento Imperial Ruso, hacia cuyas actividades el régimen de Putin es permisivo mientras no ocasionen excesivos problemas internos. Esa organización cuenta de hecho con dos campos de entrenamiento paramilitar cerca de San Petersburgo, en los que adiestra en tácticas de terrorismo a supremacistas blancos procedentes de países occidentales. Por ejemplo, unos llegados de Suecia en 2016 atentaron luego –ese mismo año y al año siguiente– contra centros de inmigrantes y asilados en su país de origen.

En suma, en la ejecución de una guerra híbrida hay lugar para tácticas de terrorismo y en la amenaza híbrida que el actual régimen ruso plantea para los países del mundo occidental existe un inequívoco componente terrorista. Aunque no suele darse a este componente de terrorismo la atención que merece, Moscú ha mostrado voluntad al igual que capacidad para recurrir al mismo en los confines de las sociedades occidentales al igual que contra intereses occidentales fuera de las mismas. Paradójicamente, las autoridades rusas han distraído la atención occidental sobre el componente terrorista de su amenaza híbrida utilizando la lucha contra el terrorismo yihadista como un pretexto del que asimismo se han servido para ampliar su influencia internacional. Termine como termine la invasión rusa de Ucrania, ya se sienta Putin engrandecido o ya se perciba humillado como consecuencia del conflicto que ha iniciado, mientras su régimen persista, y con ello los fines que persigue, es verosímil que el patrocinio estatal del terrorismo adquiera un mayor alcance como instrumento de la política exterior rusa. Sin olvidar que son manifiestas las tácticas de terrorismo a las cuales recurre el Ejército ruso bombardeando deliberadamente blancos civiles y que el propio Putin ha evocado expresamente su potencial de terrorismo nuclear.

“Termine como termine la invasión rusa de Ucrania (...), mientras su régimen persista y con ello los fines que persigue, es verosímil que el patrocinio estatal del terrorismo adquiera un mayor alcance como instrumento de la política exterior rusa.”
